



Política

ISSN: 0716-1077

rpolitic@uchile.cl

Universidad de Chile

Chile

Angell, Alan

Las Dimensiones Internacionales del Golpe de Estado Chileno

Política, vol. 51, núm. 2, 2013, pp. 57-78

Universidad de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64529702004>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LAS DIMENSIONES INTERNACIONALES DEL GOLPE DE ESTADO CHILENO

Alan Angell (alan.angell@sant.ox.ac.uk)

Universidad de Oxford

El artículo sostiene que el golpe de Estado chileno de 1973 tuvo gran impacto en la política de muchos países. Por ejemplo, los partidos europeos de izquierda modificaron sus estrategias en respuesta a lo que veían eran las lecciones de Chile. Del mismo modo, los exiliados chilenos organizaron movimientos de resistencia en muchos países, y ellos también se vieron influidos por la política de sus países de acogida. Como consecuencia de lo anterior es que la oposición chilena durante diez años por lo menos dependía de apoyo y financiamiento internacional.

Palabras clave: Exilio, partidos políticos, influencia internacional, Chile.

THE INTERNATIONAL DIMENSIONS OF CHILEAN COUP

The Chilean coup of 1973 had a great impact on the politics of many countries. European left-wing parties modified their strategies in response to the lessons they learnt from Chile. Chilean exiles soon organized resistance movements in many countries and they too were influenced by the politics of their host countries. The Chilean opposition depended upon international support and funding for at least ten years.

Keywords: Exile, political parties, international influence, Chile.

Introducción¹

Es inusual comenzar con una reflexión personal un artículo académico, pero en este caso se justifica. Me encontraba en Inglaterra al momento del golpe de 1973 y ayudé a crear una organización para traer a académicos refugiados chilenos al Reino Unido (también existieron organizaciones de derechos humanos y solidaridad paralelas, ver: MacDonald, 1986). Muchas campañas de este tipo deben trabajar arduamente para conseguir apoyo. Nuestra experiencia fue la opuesta: fuimos avasallados por ofertas de apoyo, becas, ayuda con alojamiento, universidades que ofrecieron matrículas gratuitas.

No se había respondido de la misma manera en el Reino Unido ante la violencia represiva en un país extranjero desde el levantamiento en Hungría de 1956 y la invasión de Checoslovaquia de 1968 por la Unión Soviética. Pero esos eran países europeos, enfrentando a un enemigo –la URSS– que se encontraba a la vanguardia de las preocupaciones de la política internacional. Chile era un país muy distante y poco familiar. Entonces ¿cómo podemos explicar el extraordinario estallido de apoyo de variados sectores de la sociedad británica, los intensos debates en el Parlamento sobre quién era el responsable por el golpe, y la interminable cobertura del golpe en la prensa y la televisión? Este apoyo vino no solo desde la izquierda, también se originó desde el centro del espectro político y en algunos casos de la derecha. En otras palabras, el apoyo provino de aquellos comprometidos con la democracia más que desde los simpatizantes de una ideología específica. La respuesta al golpe evocada en Gran Bretaña tuvo paralelo en muchos países alrededor del mundo.

No era esperable que en Chile, un país que ostentaba un enviable record de gobiernos constitucionales, la democracia fuese atacada. Esta es una de las razones del impacto duradero del golpe en Chile: el ataque no era a una dictadura sino que fue contra la democracia. Los gobiernos autoritarios en España, Grecia o Portugal, por ejemplo, siguiendo el colapso de régimes civiles frágiles, no fueron considerados como alejamientos fundamentales de las prácticas políticas de dichos países. Pero Chile era diferente, al menos eso era lo que muchos observadores creían, y con razón. Chile tenía una tradición constitucional mucho más extendida y fuerte que muchos países europeos. La reacción, especialmente en Europa, fue que si un

¹ Este artículo tiene dos publicaciones previas: Angell y Carstairs (1987) y Angell (1991). La presente versión se nutre de las reflexiones publicadas por el autor en “Reflexiones sobre la Reacción Internacional frente al Golpe en Chile” en El Mercurio, Santiago (24 de agosto de 2003). El autor agradece los comentarios y sugerencias de Alex Wilde; y Antonio Canale-Mayet, por la traducción del texto.

golpe de Estado de este tipo pudiese ocurrir en Chile, entonces podía ocurrir casi en cualquier lugar².

La revolución cubana se había transformado en un símbolo de resistencia a la opresión imperialista. El golpe chileno se transformó en el símbolo internacional para el brutal derrocamiento militar de los regímenes progresistas. Los símbolos no son historia fidedigna. La cara represiva de la revolución cubana fue ignorada y hubo golpes de Estado, por mucho, más brutales en América Latina que en Chile. El conocimiento de la complicada política chilena desde 1970 a 1973 era muy superficial. Sin embargo, a nivel de la percepción internacional, la revolución cubana ahora tenía su reflejo en el golpe de Estado chileno.

Otra razón para el profundo impacto del golpe fue que probablemente éste fuese el primero televisado. Imágenes de los días posteriores al 11 de septiembre inundaron las pantallas y periódicos del mundo. Cuatro en particular circularon ampliamente y produjeron una oleada de simpatía por aquellos que sufrieron de persecución. Estas fueron la imagen del bombardeo del Palacio de La Moneda por jets Hawker-Hunter; la quema de libros en la calle por parte de soldados, evocando recuerdos de escenas similares durante la Alemania Nazi; una imagen siniestra de Pinochet usando lentes oscuros, sentado al frente de los demás miembros de la junta militar que permanecían de pie; y los prisioneros esperando, atemorizados, en el Estadio Nacional. Aun en países geográficamente más remotos que Chile, social y culturalmente, dichas imágenes llevaron directamente a los hogares una visión de lo que estaba ocurriendo en Chile el 11 de septiembre y después de este. Y dichas imágenes de 1973 fueron luego acompañadas por otra: el vehículo destrozado en el que Orlando Letelier halló su muerte en 1976 en Washington.

Apoyo Internacional a la Oposición: 1973 – 1989

Es difícil exagerar el impacto del golpe de Estado chileno en la conciencia política de una amplia variedad de países. En el Parlamento Europeo el país extranjero más debatido (y condenado) por muchos años luego de 1973 fue Chile. En Gran Bretaña, el embajador de Allende en dicho país, Álvaro Bunster, fue el primer extranjero en dirigirse a la Conferencia del Partido Laborista desde que lo hiciese la líder comunista La Pasionaria en tiempos de la Guerra Civil Española. En Italia,

² Los países europeos estaban todavía recuperándose de los efectos de las revueltas estudiantiles de 1968, y los grupos terroristas como la Baader-Meinhof en Alemania y las Brigadas Rojas en Italia estaban en su apogeo. El miedo a una reacción violenta de la derecha era comprensible en este contexto.

los análisis que hizo del golpe el partido Comunista y su líder intelectual, Enrico Berlinguer, llevaron al ‘compromiso histórico’ mediante el cual el PC italiano se incorporó al gobierno por primera vez luego de muchos años. En Francia, el partido Socialista debatió larga y arduamente cómo modificar sus tácticas luego del golpe de Estado chileno. Aun cuando existía menos debate sobre el significado del golpe para la política internacional, no obstante aquellos países como Canadá, Australia y Nueva Zelanda recibieron a miles de refugiados chilenos.

Una de las primeras manifestaciones de apoyo hacia la oposición chilena, aparte de la recepción de exiliados, fue el apoyo entregado a organizaciones de exiliados que fueron establecidas en países tan diversos como México y Suecia. La proscrita confederación de sindicatos Central Única de Trabajadores (CUT), estableció sucursales en un número de países y fue activa en movilizar la solidaridad sindical internacional para Chile y en denunciar las políticas de trabajo del régimen. Institutos académicos, tales como el Instituto para el Nuevo Chile en Róterdam, jugaron un rol importante para la oposición como lugar de encuentro para analizar los acontecimientos en Chile, producir críticas al régimen, realizar lobby para obtener apoyo de gobiernos extranjeros y agencias internacionales, y para ofrecer apoyo a grupos tratando de funcionar al interior de Chile. Una de las actividades más importantes de la oposición fue la publicación de Chile-América en Roma. Esta revista, que estuvo en circulación por diez años tras 1974, fue fundada por dos miembros de la Unidad Popular (UP) y por dos miembros de la Democracia Cristiana (PDC) en el exilio. La sola existencia de esta publicación era signo de que la hostilidad entre estas dos fuerzas políticas podía ser superada, y sus análisis de Chile sistemáticos e inteligentes fueron un fuerte incentivo para los chilenos en el exilio y para los oponentes internacionales al régimen. Al momento de su máximo esplendor tenía cerca de mil subscriptores de todas partes del mundo, pero era leído y debatido por muchos más.

Otra manifestación temprana de apoyo de la comunidad internacional fue la entregada por la Iglesia Católica y otras iglesias en Chile, cuyas actividades iniciales de provisión de cocinas comunales y ayuda a las víctimas de represión fueron eventualmente reemplazadas por un apoyo político a cuerpos de representación tales como los sindicatos o las organizaciones poblacionales. El movimiento sindical chileno fue mantenido después de 1973 gracias a los esfuerzos de la Iglesia y su Vicaría de Pastoral Obrera³. Brian Smith estima que entre el establecimiento de la

³ Para una excelente descripción de la iglesia en este período ver: Lowden (1996).

Vicaría de la Solidaridad en 1975, y el año 1979, más de 700.000 chilenos recibieron servicios legales, de salud, nutricionales y ocupacionales. Las organizaciones católicas en Europa y EE.UU. donaron más de US\$ 67 millones en ayuda humanitaria entre 1974 y 1979: otros \$20 millones provinieron de grupos de iglesias alrededor del mundo, el Congreso de EE.UU. y del gobierno de Alemania Occidental: sólo US\$ 4 millones fueron recaudados localmente (Smith, 1982:325).

También se entregó apoyo a la prensa y radios de oposición. Por muchos años, los únicos medios de oposición permitidos en Chile fueron dos estaciones radiales, *Cooperativa* y la radio de la iglesia, *Chilena*. A pesar que *Cooperativa* fue luego lo suficientemente exitosa comercialmente para volverse independiente, ese no fue el caso en los primeros días. Cuando la leve liberalización de mediados de los 80 permitió el surgimiento de alguna prensa opositora, notablemente *La Época*, *Fortín Diario*, y *APSI*, dichas publicaciones no podrían haber sido posibles de no ser por el apoyo de una variedad de fuentes (en el caso del *Fortín*, fueron las ONG y el movimiento sindical italianos).

El movimiento sindical en Chile fue mayoritariamente financiado desde el exterior. Los salarios y programas de entrenamiento de los sindicatos eran costeados por fondos internacionales. La ayuda internacional permitía a los líderes sindicales viajar al extranjero a presentar su punto de vista en asambleas internacionales. Sin embargo el apoyo desde el extranjero no era suficiente para proteger al movimiento del asalto sistemático del gobierno de Pinochet. El movimiento sindical no sólo fue debilitado por las políticas económicas y sindicales del gobierno de Pinochet, sino también se encontraba dividido internamente, y ambos bandos de la división ideológica eran financiados desde el extranjero (Campero y Valenzuela, 1981). Al menos en este aspecto, la ayuda internacional no fue enteramente beneficiosa, ya que tendía a profundizar las divisiones en el movimiento sindical.⁴

Los partidos políticos también eran dependientes del financiamiento extranjero, aunque como mucho era de naturaleza indirecta, por no decir secreta, cualquier estimativo probablemente sería engañoso. Pero es difícilmente un secreto que los socialistas moderados recibían apoyo de partidos de la izquierda en Europa, o que el pequeño partido Radical poseía considerable influencia en la Internacional Socialista, o que el PDC dependía en gran medida del soporte de fuentes de Alemania Occidental. La necesidad de ayuda extranjera era inevitable cuando no

⁴ Para una importante crítica de los peligros de la participación internacional en la política interna ver: Garretón (1986) y Muñoz (1989).

era posible recaudar cuotas de partido, los partidos no gozaban de ninguna de las ventajas de alcanzar el poder siquiera al nivel local, y cuando el empresariado era reacio a enfadar al régimen mediante el financiamiento a la oposición⁵.

Para la izquierda en Francia, Italia, España y Alemania, por ejemplo, entregar ayuda era una manera de demostrar apego a los ideales de la solidaridad internacional con los pueblos reprimidos del Tercer Mundo, y para mostrar que cualquiera fueran sus cambios en sus políticas o tácticas, los partidos socialistas de Europa se mantenían a la izquierda. Brindar ayuda a la oposición chilena era una manera de apoyar públicamente la causa por la democracia en el Tercer Mundo. En Holanda, por ejemplo, como en muchos otros países, Chile se vinculó simbólicamente al debate político entre izquierdas y derechas. Para un país como Holanda, el apoyo a la oposición chilena era una manera de proyectar una imagen de tolerancia y visiones progresistas –y quizás revivió memorias de la oposición holandesa al poder Nazi?

A pesar que EE.UU. inicialmente al nivel de su presidencia fue favorable al gobierno de Pinochet, las organizaciones no gubernamentales (ONG) norteamericanas, algunos miembros del Congreso y varias iglesias condenaron el golpe y entregaron su apoyo a la oposición. Por ejemplo, la Fundación Ford, desde 1980 a 1988 otorgó 85 donaciones a Chile por un valor de US\$ 7,57 millones. No todas estas donaciones fueron destinadas a institutos de investigación en el sector informal, pero 24 de ellas fueron a distintos institutos de investigación de la *Academia de Humanismo Cristiano*, y 20 proyectos sobre derechos humanos fueron financiados al igual que 18 relacionados con temas de las mujeres (Puryear, 1983).

En contraste a la respuesta inicial del gobierno de EE.UU., los gobiernos y partidos europeos sintieron una afinidad especial con Chile. La oposición chilena poseía un concepto de democracia que era evidentemente similar al de la mayoría de los movimientos políticos europeos, basado en una combinación de elecciones justas, justicia social y la observancia de los derechos humanos básicos. Apoyar a la oposición chilena era una manera de reafirmar la creencia en los cánones básicos de la democracia. Más aún, sin negar los sentimientos de solidaridad genuinos por Chile, y la genuina aversión por una dictadura brutal, el apoyo a la oposición no era susceptible de incurrir en ninguna sanción. La economía chilena no es vital para la economía internacional como sí lo son las de aquellas repúblicas latinoamericanas más grandes, por lo que las sanciones comerciales en contra de Chile no eran

⁵ Para el papel desempeñado por las organizaciones internacionales de partidos políticos ver Grabendorff (1966)

susceptibles de provocar daño a sus economías domésticas. Y la significación estratégica del país no es enorme. Chile entonces se transformó en un símbolo, y los políticos exiliados estaban listos para usar la enorme ola de simpatía internacional para poder organizar la oposición al gobierno.

Lo llamativo fue la incesante condena del gobierno chileno hasta el momento del plebiscito de 1988, momento en el que incluso el gobierno de EE.UU. se había unido a los críticos. Este cambio de política por parte de los EE.UU. fue importante para la oposición y un revés para el gobierno, ya que EE.UU. era todavía el actor internacional más importante en Chile y su condena al gobierno desde mediados de los 80 contrastaba con períodos de apoyo o neutralidad anteriores. Fue un golpe a la legitimidad reclamada por el gobierno y un impulso al reclamo que hacía la oposición de ser representantes de los valores tradicionales chilenos de respeto por el Estado de derecho y el gobierno constitucional. EE.UU. estaba confiado en que la oposición podría formar un gobierno estable: una confianza que fue establecida en parte por un asiduo lobby de los grupos de oposición en EE.UU. El apoyo dado por el gobierno de EE.UU. a la oposición fue importante para asegurar a los sectores empresariales que el modelo de libre empresa estaría a salvo en las manos del gobierno de llegar la oposición al poder.

La cobertura internacional del plebiscito fue intensa. Para una prensa europea que demostraba un interés pasajero y superficial por América Latina, fue notable. No hace falta decir que la derrota de Pinochet fue motivo de celebración. Años más tarde, la reacción de júbilo de los círculos políticos europeos a la detención de Pinochet en Londres en 1998 es testimonio del impacto duradero del golpe de Estado de 1973 y que el gobierno militar siguió en la conciencia política de la comunidad internacional. La dimensión internacional del golpe de Estado y sus consecuencias, y no menos importante el efecto del exilio, era de mayor importancia que en el resto de las dictaduras militares contemporáneas de América Latina. Por ejemplo, los golpes en Argentina y Uruguay produjeron condena, pero no fue de largo aliento, y menos atrajo solidaridad internacional considerable. Los partidos políticos en dichos países no poseían los vínculos internacionales de los chilenos, y existía menor simpatía, y menos comprensión con los regímenes que habían sido derrocados por golpes militares. La comunidad internacional entendió y pudo identificarse con lo que estaba ocurriendo en Chile, mientras que la política de Argentina, Brasil o Uruguay eran tan diferentes a la experiencia de la mayoría de los países desarrollados que los golpes militares en dichos países no produjeron mayor respuesta. La derrota de Pinochet fue causa de celebración. Años después, la reacción de júbilo de los

círculos políticos europeos por el arresto de Pinochet en Londres en 1998 es un testimonio del impacto duradero del golpe de 1973 y el gobierno militar que le siguiera en la conciencia política de la comunidad internacional.

Luego de 1983 muchos exiliados regresaron a Chile, y los vínculos que habían forjado con una variedad de gobiernos, partidos y ONG jugaron un papel fundamental en la oposición al régimen de Pinochet. Las ideas de aquellos en el exilio fueron profundamente reformadas por el contacto prolongado con la política y partidos de sus países anfitriones, y en su regreso a Chile significaron importantes cambios en las ideas de los partidos líderes de la oposición cuando la actividad partidaria se hizo cada vez más posible a mediados de los 80.⁶

El apoyo financiero a la oposición desde un número de fuentes extranjeras fue esencial para mantener viva y organizada a la oposición, sobre todo en el enorme esfuerzo que significó la derrota a Pinochet en el plebiscito del 5 de octubre de 1988 y asegurar la victoria electoral en diciembre de 1989. ¿Cuánto dinero fue destinado a Chile para apoyar a la oposición? Una respuesta precisa significaría examinar las cuentas de varios cientos de ONG en el exterior que dieron apoyo a sus cerca de 300 equivalentes chilenas. La estimación más segura es probablemente la del *Taller de Cooperación al Desarrollo*, que calcula que desde 1985 cerca de US\$55 millones fueron destinados a Chile anualmente. A fines de los 80, de cerca de 70 instituciones de investigación, de las cuales alrededor de diez eran grandes, podemos hacer una estimación que cerca del 95% de su presupuesto provenía del exterior y, haciendo una aproximación aún más vaga, calculamos cerca de US\$1 millón anual (*Taller de Cooperación al Desarrollo*, 1988:11)⁷. Por supuesto, todo este aporte no iba dirigido específicamente a la oposición política, pero dividir los programas de ayuda entre aquellos de tipo político y no políticos no siempre hace mucho sentido en el mundo real. El gobierno británico gastó £11 millones durante un período de diez años, entregando becas a cerca de 900 estudiantes y académicos en el exilio, lo cual no puede ser considerado como asistencia técnica pura.

⁶ Por supuesto, hubo importantes académicos y activistas políticos que permanecieron en Chile y que jugaron un papel importante en el cambio del mapa ideológico de la izquierda y el centro. Para más detalles sobre su papel ver Puryear. (1994).

⁷ Según Bitar (1989), en 1985 había en Chile 35 ONG en el sector de la salud, 20 en materia de derechos humanos, 61 en la educación popular, 80 vinculados a los programas de acción social de la Iglesia, 50 vinculadas a los centros de investigación académica, y otros 60 y que participan en diversas tareas.

El impacto del exilio

Durante los diez años que siguieron al golpe en Chile en septiembre de 1973, hasta los movimientos de protesta que surgieron en mayo de 1983, la actividad política en Chile estaba limitada a los asuntos definidos y controlados por un gobierno altamente centralizado. La política de la oposición era conducida mayormente desde el extranjero y sólo marginalmente en Chile. Los partidos de centro y la izquierda moderada estaban activos en Europa, los Estados Unidos y en una variedad de países de Latinoamérica. Los partidos de la izquierda marxista estaban instalados dentro del bloque comunista.

Seguido al Golpe, la actividad política fue proscrita en Chile, y los partidos políticos fueron forzados a la clandestinidad o el extranjero, y muchos líderes políticos exiliados. El exilio fue fundamental al sistema de control político y represión del gobierno de Pinochet, y fue empleado en una escala sin precedentes en la historia chilena.⁸ Habían existido olas de exilio antes, durante el gobierno de Ibáñez a finales de los años 20, durante el gobierno de González Videla cuando proscribió al partido Comunista en 1948, y durante el período de Allende cuando muchos empresarios optaron por el exilio en vez de tratar de sobrevivir en Chile. Pero la escala, alcance y arbitrariedad del exilio bajo Pinochet fue de un orden totalmente distinto.⁹ El gobierno justificaba el exilio sobre la base de que un nuevo orden político no podía ser construido en Chile de no ser que hubiese expulsiones de aquellos considerados enemigos del Estado (Arrate, 1987).

El exilio en Chile fue principalmente un fenómeno político. La mayoría de los exiliados eran miembros de partidos políticos que formaron la alianza de la UP, o el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). Hubo un pequeño número de prominentes exiliados Demócrata Cristianos. Los principales partidos de la UP eran el partido Socialista (PS) y Comunista (PC), parte del partido Radical y el pequeño

⁸ Para un estudio detallado del exilio en América Latina, incluyendo Chile, ver Szajnader, y Roniger (2009).

⁹ No se sabe exactamente cuántos chilenos sufrieron el exilio después de 1973. A mediados de la década de 1980, la Oficina del Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados estima el número de exiliados como 30000, y el Comité Pro Retorno de Chile entre 100.000 y 200.000. La estimación de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, en su informe anual de 1982 fue de 163.686 exiliados. El gobierno, a mediados de 1986 publicó una lista de 3.717 exiliados que ahora podría volver, y da a entender que se trataba de la gran mayoría. Por otra parte, el gobierno argumentó que la mayoría de los exiliados habían dejado voluntariamente Chile y tenían pocas ganas de volver.

MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y la Izquierda Cristiana.¹⁰ A pesar de que muchos políticos fueron muertos en el golpe, los Secretarios Generales de los partidos sobrevivieron y se fueron al exilio. En el caso de Luis Corvalán del Partido Comunista (PC), esto sólo ocurrió luego de un largo período de prisión y un muy publicitado intercambio entre el Este y el Oeste.

Los chilenos fueron exiliados alrededor del mundo y algunos fueron privados de su ciudadanía. Suecia respondió rápidamente a los casos urgentes, e inicialmente puede haber recibido una proporción más alta de miembros del MIR que necesitaban asistencia inmediata. El número de refugiados en la URSS era pequeño y probablemente todos comunistas, a pesar que entre la población mayor ubicada en Alemania Oriental había un número sustancial de socialistas, más notablemente Clodomiro Almeyda, Ministro de Relaciones Exteriores de Allende. Cuba fue particularmente simpatizante del MIR. Los intelectuales chilenos vieron a París y Roma como los centros culturales y políticos de Europa y optaron por estos países cuando tuvieron posibilidad de elección. México y Venezuela fueron abiertos a exiliados de diversos partidos (Angell y Carstairs, 1987).

Un importante factor que mantuvo al golpe vivo en la comunidad internacional fueron las actividades de la comunidad de exiliados chilenos. Muchos exiliados eran políticos con vínculos a partidos en Europa, otras partes de Latinoamérica y en otros lugares. Los Socialistas, Comunistas Demócrata Cristianos, y Radicales chilenos encontraron comunidades receptivas fuera de Chile. La comunidad exiliada era adepta a buscar la condena al gobierno de Pinochet en organizaciones internacionales tales como las Naciones Unidas, y a persuadir a gobiernos nacionales para boicotear el comercio con Chile y cortar vínculos con el gobierno chileno.

Efectos del golpe en los partidos

No es de sorprender que los partidos de oposición recurrieran al apoyo extranjero simplemente para sobrevivir. Sólo después de 1983 pudieron operar los partidos de centro en Chile, y aun así con muchas restricciones. Los partidos de la izquierda mantuvieron una existencia precaria en Chile y sus líderes estaban en el exilio. Cerca de 200.000 chilenos se encontraban desparlados en países de todo el mundo. Eran experimentados políticamente y profundamente conscientes de los principales debates políticos que se llevaban a cabo en sus países anfitriones. Sus percepciones estaban destinadas a ser influenciadas por una década más en el exilio,

¹⁰ Para un vívido relato de un líder MAPU que cubre todo el período ver Gazmuri, y Martínez (2000).

aunque no todas en la misma dirección. Los socialistas moderados que retornaron de Italia, Francia o España pueden haber abandonado a Lenin en favor de Gramsci, pero otros socialistas, ubicados en Alemania Oriental, se mantuvieron fieles a las ideas del marxismo-leninismo ortodoxo. El exilio en Cuba para comunistas jóvenes o miembros del MIR significó entrenamiento de guerra de guerrillas, y no es caprichoso suponer que el grupo que intentase asesinar a Pinochet en septiembre de 1986 era producto de dicho entrenamiento.

En Francia e Italia el debate sobre ‘la lección de Chile’ llevó a repensar las estrategias políticas de la izquierda, y los exiliados chilenos eran a su vez profundamente afectados por la discusión alrededor de ellos.¹¹ La izquierda europea desarrolló ideas sobre el atractivo de la economía mixta y la necesidad de cooperación entre capital, trabajo y el gobierno, las cuales afectaron profundamente a los exiliados chilenos, especialmente a aquellos en los partidos socialistas. Los chilenos exiliados en Venezuela también parecieron ser persuadidos por las virtudes de la transigencia política como medio para consolidar una democracia estable. Los exiliados en países que recalcan las virtudes de la revolución por sobre la democracia –como México, Cuba o Nicaragua– parecían haber mantenido más firmemente sus convicciones sobre lo correcto de los objetivos del gobierno de la UP.

El partido más afectado por el exilio y la represión fue el PS, el partido más grande bajo Allende y siempre más dividido y menos cohesionado que su mayor rival, el PC. En palabras de uno de los líderes de los Socialistas moderados, Ricardo Lagos:

‘¿Cómo puede un partido existir cuando prácticamente toda su dirigencia ha sido exiliada, apresada o ‘desaparecida’? Todos los comités regionales de La Serena, de Atacama, de Calama, de Antofagasta, de Iquique, murieron. En Chile, hay solo dos partidos que lograron mantener un liderazgo unificado durante el período de la dictadura: – el PDC y el Partido Comunista. El resto fue incapaz de sobrellevar la crisis orgánica creada por la dictadura, y nosotros no fuimos la excepción. Esto explica la diáspora del socialismo.’¹²

El socialismo chileno tras el golpe estaba desorganizado y confundido. Varios grupos de exiliados aseguraron ser los auténticos representantes del partido, pero los vínculos con el pequeño grupo de movimientos clandestinos en Chile eran complicados y tenues. El partido se dividió en 1979, tras una sesión del comité central del partido

¹¹ Para una relación detallada del socialismo chileno y europeo en este periodo, ver Walker (1986).

¹² Entrevista en Revista ¿Qué Pasa? (Santiago) 27 marzo 1986, p. 26.

en Argelia en 1978.¹³ La división fue un evento complejo que involucró diferencias ideológicas, ambiciones personales, problemas de comunicación y, presumiblemente, influencias foráneas sobre los grandes grupos dentro del partido, en particular mediante la presión financiera, aunque los detalles están envueltos en misterio (Furci, 1984, ver también: Revista *Chile-América* N°54-55 publicada en 1979).

El socialismo chileno luego de 1973 sufrió un período de profundo autoanálisis, y produjo dos interpretaciones rivales de políticas para el futuro: una inclinada hacia una tendencia “Eurosocialista”, la otra hacia una alianza más cercana con los comunistas. Este debate se llevó a cabo en el exilio luego de que el partido en Chile fuera reprimido, y estas interpretaciones rivales fueron importadas de vuelta a Chile cuando la actividad partidaria moderada gradualmente se hizo posible en los 1980. La mayor diferencia se expresó en la elección de compañeros de alianza. Los socialistas moderados se aliaron con el PDC, mientras que los socialistas más radicales, conocidos por el nombre de su líder, Clodomiro Almeyda (Ministro de Relaciones Exteriores de Allende), prefirieron aliarse con los comunistas.

El PC perdió muchos mandos medios en la represión que siguió al golpe, pero varias figuras dominantes o estaban fuera al momento del golpe (Volodia Teitelboim) o fueron liberados desde Chile (Luis Corvalán). Los líderes exiliados mantenían un control firme gracias a la ayuda financiera e ideológica de Moscú. El PC fue capaz de mantener una limitada existencia clandestina en Chile. El exilio no significó pérdida de fondos, apoyo internacional o prestigio, ni tampoco divisiones internas a la escala de aquellas en el PS. Pero existía tensión entre el liderazgo en el exilio –con su pasado en el Congreso o en el movimiento sindical y adepto a la política de estilo Frente Popular– y las bases en Chile, cada vez más provenientes de la juventud y los pobres desempleados de las poblaciones que estaban tentados a usar la violencia como táctica política básica. La decisión, tomada a regañadientes, y muy tardíamente como para brindar créditos al partido, de abandonar la lucha armada y trabajar por el plebiscito de 1988 y las elecciones de 1989, llevaron a divisiones y desencuentros a finales de los 80. Como esta decisión coincidió con los cambios históricos en el Comunismo de Europa del Este y la Unión Soviética, no sorprende que la famosa unidad monolítica del Partido Comunista chileno comenzase a desintegrarse en los 90 en diferentes facciones y sufriera de masivas deserciones.

¹³ Aniceto Rodríguez (1979) ex secretario general del partido, exiliado en Venezuela, se quejó amargamente de que en seis años de exilio (1973-9) sólo había dos grupos aparentemente representativos en Cuba y Argel. Pero ambos en su opinión fueron utilizados por las minorías manipuladoras que tratan de prolongar su poder.

El PDC sufrió menos traumas que los partidos de la izquierda. Existían pocas dudas sobre su posición como el partido más grande en oposición al gobierno, tanto en términos de apoyo popular como en su habilidad para mantener al menos una organización mínima en su operación. El número de exiliados del PDC y sus períodos de exilio eran mucho menores, y la presencia de líderes obviamente moderados como Jaime Castillo en Venezuela y Andrés Zaldívar en Madrid (donde fue Presidente de la Internacional Demócrata Cristiana) ayudó a mejorar la imagen del PDC con los gobiernos extranjeros e intensificar el aislacionismo internacional del gobierno de Pinochet.

Las Relaciones Internacionales del Gobierno de Pinochet

Pocos gobiernos han sido condenados universalmente como lo fue el de Pinochet en Chile, sobre todo por sus sistemáticas violaciones a los derechos humanos. Los derechos humanos en Chile fueron revisados anualmente y condenados en la Asamblea General de las Naciones Unidas luego de 1974. En 1974, 90 naciones condenaron el abuso de los derechos humanos en Chile; 8 apoyaron a Chile y 26 se abstuvieron. Hubo poca variación en los años siguientes. En 1985 las cifras relevantes fueron 88 a favor de la condena, 11 en contra y 47 abstenciones (Muñoz, 1986:19).

Debido a que el gobierno era condenado de manera tan amplia, la oposición fue capaz de movilizar el apoyo internacional. El exilio puede haber contribuido en el corto plazo a la consolidación del gobierno de Pinochet, dada la remoción de los políticos opositores del país, pero los efectos de largo plazo fueron adversos para el gobierno. Los políticos exiliados fueron movilizadores de apoyo internacional a su oposición al gobierno de Pinochet, y el solo hecho del exilio a escala masiva dramáticamente subrayó el abuso de los derechos humanos cometido por el régimen de Pinochet.

La actitud del gobierno de Pinochet no hizo fácil su relación con otros gobiernos. El gobierno aceptaba sólo el apoyo incondicional y sin críticas. Ignoraron la reacción internacional a incidentes tales como el arresto de los líderes de la oposición en los 80, y la expulsión de los padres franceses en 1986. Los únicos países de importancia internacional que apoyaron consistentemente el Chile de Pinochet fueron China, Israel y Sudáfrica. El intento abortado de Pinochet por visitar al Presidente Marcos en Filipinas demostró que incluso no se podía contar con otros dictadores para apoyar su régimen. China estaba claramente interesada en ocupar el espacio dejado en Chile luego de 1973 por los Comunistas de Moscú, quería apoyo para su política en relación a Taiwán, y esperaba asegurar un aliado internacional frente a la URSS.

El comercio entre ambas naciones creció de US \$1 millón en 1970 a \$137 millones en 1984, con un fuerte balance positivo en favor de Chile. La relación de Chile con la República de Sudáfrica e Israel estaba basada también en el deseo de países impopulares por encontrar aliados, e Israel era un importante proveedor de armas para Chile.

La política estadounidense hacia Chile no fue consistente a lo largo del tiempo, ni tampoco uniforme entre las diversas agencias del gobierno. Las relaciones fueron buenas inmediatamente después del golpe. Chile recibió desde los EE.UU. ayuda directa bilateral y préstamos, también desde el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, totalizando US \$628,1 millones entre 1974 y 1976, comparado con sólo US \$67,3 millones durante los años de Allende. Con la elección de Carter hubo un abrupto cambio de política. En un intento por aislar al régimen, el gobierno de los EE.UU. votó en contra de los préstamos a Chile en los bancos multilaterales, condenó en los debates de Naciones Unidas al gobierno de Chile por el estado de los derechos humanos, prohibió nuevos préstamos bancarios para importación-exportación, y no invitó a Chile a participar de sus ejercicios navales.

Después de Carter, la política cambió hacia relaciones más cordiales hasta 1985, cuando el aumento de la represión en Chile y la renovación del Estado de Sitio llevaron a los EE.UU. a abstenerse sobre un préstamo del BID a Chile. En junio de 1985, luego de que EE.UU. amenazara con similar acción sobre un préstamo del Banco Mundial, el gobierno de Chile levantó el Estado de Sitio. El motivo de estas sanciones fue empujar al gobierno de Chile en la dirección correcta hacia la implementación de sus promesas constitucionales. EE.UU. quería una transición pacífica, y esta dependía de la existencia de una oposición lo suficientemente unida capaz de ofrecer una alternativa plausible, capacidad que existía luego del Acuerdo Nacional inspirado por la iglesia en agosto de 1985¹⁴.

Sin embargo, si Chile estaba diplomáticamente aislado no lo estaba económicamente, y gozó de mejores relaciones comerciales incluso con algunos de sus más severos críticos en el Occidente. El gobierno de Pinochet estaba preparado para aceptar una pérdida de prestigio internacional como democracia a cambio de un creciente prestigio como raro ejemplo de economía del tercer mundo exitosa. Tampoco experimentó el gobierno dificultad alguna para adquirir armamento en el extranjero. Aun en el período 1982-86 cuando el gobierno fue muy criticado por la manera

¹⁴ Para la historia de las relaciones entre EE.UU. y Chile ver Muñoz y Portales (1987).

en como reprimió los movimientos de protesta, 90% de sus compras de armas provinieron de sus críticos europeos.

Justificando el Golpe

Si el golpe tenía opositores, también tenía partidarios, y la historia del golpe y sus consecuencias es tanto sobre la derecha como de la izquierda. En efecto, un número sorprendentemente importante de chilenos permanecieron leales con Pinochet y su régimen. Alcanzó el 43% de los votos en el plebiscito para prolongar su gobierno por ocho años más luego de 1988, y aun si descontamos de dichos votos aquellos emitidos por temor e intimidación, no obstante tuvo importante apoyo del empresariado, católicos de derecha, de aquellos que temían un retorno del caos de los años de Allende, aquellos sectores pobres beneficiados directamente por las políticas sociales del régimen, y de aquellos que acogían la tranquilidad de los años de Pinochet aun si esta tranquilidad era la de una prisión bien organizada.¹⁵

Los simpatizantes entregaron tres razonamientos para argumentar que el legado de Pinochet fue positivo y que Chile debiese estar agradecido de él. El primero fue que las violaciones a los derechos humanos, lamentables como fueron, fueron necesarias para combatir los males del Marxismo; la segunda fue que él fue el arquitecto de un milagro económico; y la tercera fue que él sentó las bases de un orden político estable. Hay poca sustancia en las primera y última afirmaciones, y la segunda es mucho menos precisa de lo que habitualmente se afirma.

El registro del gobierno en materia de derechos humanos fue horrible –a lo menos tres mil personas fueron muertas, miles torturadas, y tantos miles más forzadas al exilio–. No existe nunca una justificación para tal brutalidad de parte de cualquier régimen, pero la excusa usualmente utilizada por los conspiradores militares es que un golpe es necesario para lidiar con el terrorismo y la violencia de las guerrillas. Pero esta excusa no funciona para el caso chileno. La facilidad con que el régimen militar se encargó de la limitada y dispersa oposición al golpe demuestra lo poco preparados que estaban el gobierno de Allende y sus adherentes para una oposición armada efectiva en contra de los conspiradores de la derecha. Aun aquellos pequeños grupos que tenían acceso a armas no estaban en posición de enfrentar un ejército poderoso y efectivo. Pinochet y sus partidarios escogieron ejercer terror y represión porque servía para justificar su

¹⁵ Y una vez que el Gobierno laborista fue sustituido por la señora Thatcher en 1979, la hostilidad de la administración laborista fue reemplazada por una actitud mucho más amistosa del gobierno conservador, incluso antes de el conflicto por las Islas Malvinas.

afirmación de que la amenaza marxista era real y sólo podía ser contrarrestada por tales medios. Esta afirmación podía luego ser utilizada para justificar la creación de un régimen autoritario severo con estricto control sobre cualquier actividad política y castigos drásticos para aquellos percibidos como opositores al régimen.

La segunda justificación para apoyar a Pinochet fue que él creó una economía de libre mercado modelo. Es cierto que hubo una extensiva privatización y una efectiva reducción de la inflación. Pero los efectos negativos fueron amplios. La tasa de crecimiento anual durante los diecisiete años de su gobierno fue pésima –poco más del 2%-. Hubo dos recesiones severas –aquella de 1975 (que pudo ser atribuida en parte a la situación heredada), y aquella de 1982-3, que fue producto de las políticas económicas del régimen–. Hubo sufrimiento social generalizado –el desempleo llegó a un *peak* de sobre 30% y sobre el 40% de la población se hallaba en la pobreza al finalizar su régimen. El gobierno redujo el gasto social con graves consecuencias para la calidad de la salud pública y la educación. Más aún, a pesar del compromiso con el neoliberalismo, el mayor activo del Estado, la enorme corporación estatal del cobre, CODELCO, no fue privatizada, y su régimen recibió enorme apoyo financiero desde la compañía estatal del cobre nacionalizada por el régimen de Allende. El régimen sólo adoptó medidas macroeconómicas pragmáticas tras la recesión de 1982-1983¹⁶.

Estas medidas económicas fueron acompañadas por corrupción que benefició a sus simpatizantes, y como ahora sabemos, a su propia familia. Las privatizaciones fueron usadas para premiar a los seguidores, y hubo poca transparencia o regulación efectiva. Los ricos se beneficiaron desproporcionadamente durante su gobierno, dejando a Chile con el legado de una de las más desiguales distribuciones de los ingresos del mundo. Es indesmentible que Chile ha visto gran progreso económico desde 1990 pero sin dudas esto es producto de las políticas de los gobiernos democráticos más que del legado de Pinochet.¹⁷

Los simpatizantes también alegan que Pinochet habría creado un orden político estable y transformado. Es cierto que la Constitución de 1980 permanece aún en su lugar, pero ello va en contra de los deseos de los gobiernos democráticos que han carecido de las mayorías legislativas necesarias para reemplazarla. Sin embargo,

¹⁶ Dos artículos que ponen en perspectiva de largo plazo el tema económico durante el gobierno de Pinochet ver: Ffrench-Davis y Muñoz (1990) y Ffrench-Davis (1991).

¹⁷ Para un análisis equilibrado y detallado de las políticas económicas de los gobiernos democráticos desde 1990 ver Muñoz (2007).

han existido modificaciones fundamentales que han hecho a la constitución menos autoritaria y más democrática.

El régimen de Pinochet se caracterizó por el orden y la estabilidad tras 1973. Sin embargo, como virtualmente todos los líderes de la oposición habían sido exiliados o muertos, toda la actividad política fue prohibida, y el aparato de represión de Pinochet fue extenso y efectivo, esto es difícilmente sorprendente. La iglesia católica fue la voz solitaria y valiente que se opuso a las violaciones de derechos humanos del régimen. Aunque, a pesar de los niveles de represión, cuando la crisis de 1982 incrementó el sufrimiento de la población, comenzaron las protestas masivas y continuaron mensualmente por muchos años. Pinochet nunca quebró el poder de los partidos aun cuando éste fue su objetivo explícito, y luego de su salida del poder los mismos, o similares partidos, y en muchos casos los mismos políticos surgieron para tomar posesión del cargo.¹⁸

Los efectos del apoyo internacional a la oposición y la condena del golpe

La condena internacional al golpe y el apoyo a la oposición tuvo efectos considerables en los acontecimientos internos del país. Contribuyó a la polarización de Chile en dos bandos, y ayudó a mantener una polarización de la política chilena que persistió largamente durante el período luego del retorno a la democracia. La condena internacional generalizada sobre Chile forzó al régimen militar a una postura más defensiva y de línea dura de lo que pudo haber sido bajo otras circunstancias. Si el mundo no aceptaba las razones para el golpe de 1973, el Chile de Pinochet escogería su propio camino, desarrollaría sus propias instituciones, implementaría sus propias políticas e ignoraría al resto del mundo tanto como le fuera posible. Aquellos chilenos que se oponían al gobierno militar eran vistos como aliados de una conspiración internacional contra Chile, y por ende como traidores de la patria.

Por otra parte, el apoyo entregado por la comunidad internacional a la oposición en el exilio reforzó su convicción de que había ganado el argumento moral, que ningún acuerdo con el régimen era posible o necesario, y que si la lucha sería larga y difícil, entonces eventualmente también sería victoriosa. Los derechos humanos se transformaron en el tema definitorio en esta confrontación, y el apoyo de la iglesia católica a través de la Vicaría de la Solidaridad (incidentalmente una institución sin

¹⁸ Interesantes revisiones sobre las cuentas pendientes en los años de Pinochet se encuentran en Huneeus (2000) y Garretón (2012).

parangón en cualquier otro régimen autoritario) para los derechos humanos reforzó la elección de este tópico por la oposición para confrontar al gobierno.

El choque entre el gobierno y la oposición en el exilio se transformó en uno de absolutos morales. En ese tipo de debates nadie es realmente neutral o se defiende al gobierno o se le condena. Esa dicotomía generó divisiones que separaron virtualmente a la sociedad chilena en dos mitades. La forma en que el régimen militar terminó ayudó a sostener dicha división. No hay precedentes de que un gobernante militar luego de tanto tiempo de poder casi absoluto haya solicitado en un plebiscito libre y justo una extensión de su mandato por otros ocho años, perder dicho plebiscito y a pesar de ello tener una alta votación, y luego aceptar el resultado y proceder a organizar elecciones para elegir un presidente civil. Es verdad que para comenzar Pinochet no quiso el plebiscito, que la manera en que fue organizado tiene más que ver con dictámenes del Tribunal Constitucional que con las intenciones del régimen, y que la fuerte presión para aceptar el resultado provino de otros miembros de la junta. Pero al tiempo los seguidores de Pinochet vieron el resultado no como una derrota sino como un tipo de triunfo. Argumentaron que se había creado una estructura institucional fuerte, que ya no dependía del poder y la voluntad de un hombre, y que era un nuevo y mejor orden institucional y constitucional.

Lo que marcó a la política chilena luego de 1990 hasta el arresto de Pinochet fue la ausencia de debate sobre el golpe entre los dos lados, sus causas y consecuencias. Por supuesto hubo debate sobre muchos asuntos –reforma constitucional, políticas sociales y políticas macroeconómicas– pero no sobre el golpe. El Informe Rettig fue rechazado y condenado por las Fuerzas Armadas, sus aliados políticos, y la Corte Suprema. A la vista de aquellos defensores del régimen de Pinochet, ellos estaban en lo correcto y estaban justificados y el gobierno democrático estaba equivocado. Por supuesto, Chile no está solo en la dificultad de llegar a acuerdo sobre su pasado. Le tomó a los alemanes muchos años antes de estar preparados para examinar el fenómeno del nazismo, Japón aún se niega a reconocer algunos de los graves abusos cometidos durante la Segunda Guerra Mundial, y los horrores de la Guerra Civil Española sólo recientemente han comenzado a ser debatidos e investigados.

Lo que fue ignorado en la reacción al golpe fue que contaba con apoyo transversal, incluso entre los sectores pobres. No es poco común que un golpe militar disfrute de apoyo cuando la población se encuentra cansada de la falta de certezas y el desorden de un gobierno civil débil, y Argentina en 1976 es un ejemplo obvio. Lo que es raro, sin embargo, es que este apoyo persista por un período de tiempo largo e incluso hasta después del retorno al régimen democrático. El régimen de Pinochet

fue inusual en muchas formas. Las reformas económicas y sociales siguieron una agenda ideológica. El gobierno construyó una institucionalidad en la que creía, y aceptó el rechazo en un plebiscito y siguió las reglas. Incluso negoció importantes cambios constitucionales con la oposición antes de entregar el poder.

Extrañamente, se puede argumentar que estas características profundizaron en lugar de acallar la polarización de Chile. Porque el gobierno militar no era simplemente una élite cruda y corrupta contenta con saquear la economía, creó un apoyo masivo y leal atado por su simpatía ideológica. La más obvia manifestación de esto fue la formación y crecimiento de la UDI. En efecto, la UDI representaba la prolongación de las políticas y las estructuras del régimen de Pinochet, y sólo comenzó una cautelosa retirada de apoyo a las políticas de derechos humanos del régimen, aunque no de las políticas económicas y sociales, durante la elección presidencial de 1999.

Este es entonces el legado del golpe la creación de dos mundos opuestos, en el que para unos el golpe fue el símbolo de la salvación de Chile, y en el otro, la tragedia de Chile. El ‘Sí’ y el ‘No’ en el plebiscito de 1988 fueron mucho más que una simple respuesta a la pregunta de Pinochet como presidente por otros ocho años. Simbolizaban el apoyo por una de dos visiones contrastantes de la historia, y planteaba una pregunta aún en el debate hoy, sobre si el golpe de Estado de 1973 fue justificado o no. Aun cuando la izquierda y la derecha han convergido en muchas maneras –por ejemplo sobre política económica–, la dicotomía acerca del golpe persistió.

La duda es por cuánto tiempo más va a persistir dicha dicotomía. Obviamente tiende a desaparecer en la medida que los recuerdos se van desvaneciendo, en la medida que la política se va transformando más en un asunto de rutina y menos en uno de confrontación, en la medida en que las políticas económicas van generando un notable historial de éxito (a pesar que con grandes problemas, sobre todo en el área de la desigualdad), y el tema de las relaciones cívico-militares ha tomado una ruta menos complicada. No obstante, mientras el tema de los derechos humanos persista, los juicios a los oficiales militares continúen, y mayor evidencia de los abusos salga a la luz pública, entonces la memoria del golpe de estado permanecerá viva en el Chile contemporáneo.¹⁹ Enfrentarse al pasado e intentar buscar un entendimiento,

¹⁹ Películas recientes como el NO, y algunas de las series de televisión en Chile han llevado el debate sobre el golpe y sus consecuencias más a la luz pública. Ha habido un aumento en el número de sitios que recuerdan las atrocidades del régimen de derechos humanos, y la Presidenta Bachelet inauguró un Museo de la Memoria y Derechos Humanos. Estas y otras cuestiones relacionadas con recordar el golpe de Estado se discuten en el excelente libro de Collins, Hite y Joignant, compiladores (2013).

justicia y reconciliación es infinitamente más doloroso y profundamente importante para establecer un orden democrático y justo.

El sustento real para la oposición a una dictadura debe provenir de los desarrollos internos. Las olas de protesta que comenzaron en mayo de 1983 no fueron dirigidas desde el extranjero, y ni siquiera fueron influenciadas desde el exterior. Los políticos de oposición chilenos requerían de ayuda, pero la mayor fuerza para la oposición vino desde el inmenso deseo de la mayoría de los chilenos por regresar al sistema democrático. No obstante, el apoyo internacional a la transición chilena a la democracia fue sin dudas más importante que el apoyo para la transición en otros países de América Latina. Esto fue en parte resultado del exilio y en parte consecuencia de una estructura política similar en muchas maneras a los países occidentales. Existía simpatía por los objetivos últimos del gobierno de Allende y enfado por la brutalidad del golpe. Todos estos factores se combinaron para hacer de Chile un símbolo de la democracia frente a la dictadura.

A fin de cuentas, el apoyo externo para la democracia chilena fue importante y positivo, no fue una simple imposición de objetivos de los países donantes sobre sus beneficiarios. Fue más una asociación. Una oposición en aprietos tenía pocas alternativas más que buscar apoyo desde fuerzas democráticas en el extranjero a modo de ayudar con el proceso democrático interno. La ayuda foránea puede provocar en ciertos países más problemas que lo que pueden contribuir a solventarlos. Pero en el caso de Chile la similitud básica de los objetivos de las fuerzas domésticas e internacionales se combinaron para crear una oposición lo suficientemente fuerte para derrotar a una de las más poderosas dictaduras de Latinoamérica, e igualmente importante, para comenzar el proceso de construcción de una democracia viable en Chile.

Referencias bibliográficas

- Angell, Alan (1991). "International Support for the Chilean Opposition: Political Parties and the Role of Exiles". En Laurence Whitehead (compilador). *The International Dimensions of Democratization*. Oxford: Oxford University Press.
- Angell, Alan y Susan Carstairs (1987). "The Exile Question in Chilean Politics". *Third World Quarterly* Vol 9, N°1, pp. 148-167.
- Aniceto Rodríguez (1979). Entrevista en dossier La crisis del socialismo chileno. *Revista Chile-América* N° 4-55, pp. 112-118.
- Arrate, Jorge (1987). *Exilio: Textos de Denuncia y Esperanza*. Santiago: Ediciones del Ornitorrinco.

- Bitar Sergio, (1989). “Chile: Cooperación económica internacional para la democracia”. En Heraldo Muñoz (compilador). Chile: Política Exterior para la Democracia. Santiago: Ediciones del Ornitórrinco.
- Campero, Guillermo y José Valenzuela (1981). El movimiento sindical en el capitalismo autoritario, 1973-1981. Santiago: ILET/PET.
- Collins, Cath; Katherine Hite y Alfredo Joignant (compiladores) (2013). The Politics of Memory in Chile. Colorado US: Lynne Reiner Publishers.
- Ffrench-Davis, Ricardo (1991). “Desarrollo Económico y Equidad en Chile: Herencias y Desafíos en el Retorno a la Democracia”. Colección Estudios CIEPLAN N°31.
- Ffrench-Davis, Ricardo y Oscar Muñoz (1990) “Desarrollo Económico, Inestabilidad, y Desequilibrios Políticos en Chile”, Colección Estudios CIEPLAN N°28.
- Furci, Carmelo (1984). “The Crisis of the Chilean Socialist Party in 1979”. Working Paper N° 11, Institute of Latin American Studies, University of London.
- Garretón, Manuel Antonio (1986). “Transición hacia la Democracia en Chile e Influencia Externa”. Documento de Trabajo N° 282.
- Garretón, Manuel Antonio (2012). Neoliberalismo Corregido y Progresismo Limitado: los gobiernos de la Concertación en Chile 1990-2010. Santiago: Editorial Arcis y CLACSO.
- Gazmuri, Jaime y Jesús Manuel Martínez (2000). El Sol y la Bruma. Santiago: Ediciones B.
- Grabendorff, Wolf (1966). “International Support for Democracy in Latin America: the Role of the Internationals”. En Laurence Whitehead (compilador). The International Dimensions of Democratization Oxford: Oxford University Press.
- Huneeus, Carlos (2000). El Régimen de Pinochet. Santiago: Editorial Sudamérica.
- Lagos, Ricardo (1986). “Entrevista en Revista Qué Pasa?”, 27 marzo.
- Lowden, Pamela (1996). Moral Opposition to Authoritarian Rule in Chile, 1973-1990. Basingstoke, UK: Macmillan.
- MacDonald, Neil (1986). Study in Exile: Report on the World University Service (United Kingdom). Chilean Refugee Scholarship Programme. London: World University Service.
- Muñoz, Heraldo (1986). Las Relaciones Exteriores del Gobierno Militar Chileno. Santiago: Ediciones del Ornitórrinco.
- Muñoz, Heraldo y Carlos Portales (1987). Una Amistad Esquila: Las Relaciones de Estados Unidos y Chile. Santiago: Ediciones Pehuén.

- Muñoz, Heraldo (1989). Política Exterior para la Democracia. Santiago: Ediciones Pehuén.
- Muñoz, Oscar (2007). El Modelo Económico Chileno de la Concertación 1990-2005. Santiago: FLACSO y Catalonia.
- Puryear, Jeffrey (1983). Higher Education, Development Assistance, and Repressive Regimes, New York: Ford Foundation.
- Puryear, Jeffrey (1994). Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1990. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Taller de Cooperación al Desarrollo (1988). La Cooperación Internacional frente a los Cambios Políticos en Chile. Santiago.
- Smith, Brian (1982). The Church and Politics in Chile. Princeton: Princeton University Press.
- Sznajder, Mario y Luis Roniger (2009). The Politics of Exile in Latin America. Cambridge: Cambridge University Press.
- Walker, Ignacio (1986). Socialismo y Democracia. Chile y Europa en Perspectiva Comparada. Santiago: CIEPLAN.